

meramente histórica, sino a una más profunda que permita advertir cómo se revuelve el espíritu de los paladines de un pueblo, cuando este pueblo necesita romper las barreras que impiden su desarrollo económico.

E. L.

WILLIAM FELLNER, *Oligopolio, Teoría de las estructuras del mercado*. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 297 pp.

En los 11 capítulos de este libro, el autor desarrolla un complejo examen de varios temas y teorías que guardan relación con las estructuras del mercado.

Considera Fellner que la teoría del valor, tal como suele presentarse, no logra dar una explicación "suficientemente real" de la formación de los precios dentro de las economías industriales de la época actual. La teoría monetaria y la de ocupación han podido ser llevadas a una mayor aplicabilidad, porque las investigaciones que estas teorías despliegan registran sólo datos generales, pero la teoría del valor precisa captar, fundamentalmente, los datos individuales y las relaciones tendidas entre ellos.

Piensa también el autor que las principales limitaciones de las teorías generales sobrevienen porque estas teorías no prestan la atención que merecen a los efectos causados por los cambios individuales y, aunque pueden llegar a ciertas conclusiones independientes, las teorías generalizantes tienden así a caminar de algunas "magnitudes totales" a otras también totales, como si el mundo de los totales y el de lo individual no tuvieran relación de ninguna especie.

Fellner cree que la teoría del valor puede adquirir consistencia cuando, con el tiempo, se disponga de suficientes datos empíricos particulares como para hacer ya un análisis que prometa más firmes resultados.

No se intenta en el libro, como advierte el mismo W. F., solucionar las dificultades de la teoría del valor, pero sí se trata, en cambio, de examinar algunos problemas elementales de la teoría del valor, desde un ángulo que permita considerar los defectos que acarrea a los investigadores el uso de los métodos acostumbrados.

El autor concluye diciendo que le parecen prematuras las predicciones pesimistas (las de los seguidores de Marx, por ejemplo) alrededor de la futura efectividad de los sistemas vigentes en las democracias occidentales, porque tal posición "decide de modo desfavorable un punto todavía indeciso". Fellner encuentra que las instituciones existentes pueden ser modificadas para adecuarse al curso de las nuevas necesidades.

E. L.

LEOPOLDO ZEA, *La conciencia del hombre en la filosofía*. Cultura Mexicana, Vol. 4, Imprenta Universitaria. México, 1953. 329 pp.

La conciencia del hombre en la filosofía es una propedéutica filosófica. Desde el punto de vista de unos prolegómenos a esta Ciencia ofrece varias peculiaridades dignas de atención. La filosofía se encuentra incrustada en el tiempo, sufre todas las vicisitudes de la historicidad: no hay, como ingenuamente se nos ha dicho con frecuencia, una regularidad tan insistente en la historia de la filosofía que

# PRETEXTOS

de Andrés HENESTROSA

**L**AS palabras se las lleva el viento, dice la sabiduría popular. Son aire, y van al aire, dice el poeta. Y no son meros decires, o diceses, como también se suele decir. Como las aves, como el humo, como las nubes, las palabras vuelan, caminan, cruzan los mares, traspasan las montañas, atraviesan las llanuras, hasta que encuentran techo y pecho para anidar. Y ahí se quedan. Nadie sabe cuándo llegaron, nadie oyó el batir de sus alas sobre los tejados, pero de repente se las encuentra en la calle, en el mercado, entre los niños que juegan en el patio. ¿Quién si no el viento las trajo? Porque el lugar está incomunicado, la llanura, de tan grande, se pierde, la sierra gigantesca. El viento, sólo el viento pudo ser. El pueblo es indio y no habla sino lengua india. Y esas palabras son forasteras, peregrinas, advenedizas; no pudo inventarlas el pueblo. No cabe duda: las aprendió el viento.

Y las palabras se quedan ahí. Las gentes las aprenden de memoria, sin saber qué significan. A veces se olvidan, parece que se van. Pero no hay tal. Y si las hay parecidas en tierras lejanas, no es que se fueron de aquí, sino que, compañeras de viaje, volaron más.

Cuando encuentran hermanas, dan a luz palabras; cuando no, apenas un leve trastorno padecen. Si se casan con las voces nativas, dan a luz unos hijos que tienen dos caras: castilmax, canoa de Castilla, barco, si la unión fué entre el español y el huave; mixà xandù, misa, santo, si lo fué con el zapoteco.

No digas, pues, que tal palabra, tal melodía, tal copla, no se conoce en tu pueblo, porque el día menos pensado a la vuelta de una esquina, topas con ella. Si no fuera de ese modo, ¿cómo pudo ocurrir que una persona que pretende conocer todo lo de su tierra, se lleve sorpresas como las que yo he llevado? Miren si es o no sorpresa encontrarse en boca de un anciano, sin letras, sin lengua española, esta cancioncilla memorizada en la niñez de boca de sus abuelos, quienes a su turno la aprendieron de los suyos, como yo la enseño a Cibeles y ella lo enseñará a sus hijos.

El santo de mi pueblo  
hoy es el día  
hoy es el día,  
y hay que solemnizarlo  
con alegría  
con alegría.

Porque no en balde,  
porque no en balde,  
que os diviertáis mucho  
dijo el alcalde,  
dijo el alcalde.

Que os diviertáis mucho,  
dijo el alcalde.  
Anda, salero, que se te ve,  
bajo las alas todito el pie.  
Anda, salero, que se te ve,  
bajo las alas todito el pie.

Y que yo traslado a Vicente T. Mendoza, para que establezca cómo y cuándo pudo haber llegado al Istmo de Tehuantepec, y permitió que Emilio Torcuato Ríos, tras de olvidarla medio siglo, un buen día la cantara.

hiciera de ella una especie de gigantesco silogismo en el que los primeros filosofemas —concepciones jónicas en nuestra cultura occidental— fueran la primera premisa; los subsiguientes, la segunda, hasta que se hallara la conclusión verdadera. No, el problema es más complejo. Hay filósofos que no sólo no se sitúan en el cauce considerado por la tradición como progresista, sino que, rompiendo por completo con este cauce, hacen suyos otros problemas, otros métodos, otras soluciones. Esta Introducción tiene la enorme ventaja de ordenarnos, con un criterio histórico y humanista, el material caótico que la historia nos brinda. Zea trabaja su obra como una novela en que los conceptos son personajes y en que la sucesión

temporal es la trama —unas veces dramática, otras angustiosa— de esta biografía de la conciencia del hombre en el mundo filosófico. La Introducción tiene tres personajes importantes: el hombre, el mundo y Dios. Capítulos hay en que hombre, mundo y Dios mantienen buenas relaciones; pero, en otros, el hombre, enamorado de Dios, desdén al mundo y entonces surge un episodio de pasión que culmina en el homicidio del mundo, como en el caso de esa línea de pensadores que va de San Agustín, pasa por los franciscanos de Oxford —Escoto, Ocam— y desemboca en el Pascal de la segunda época: el Pascal jansenista, el que no quiso geometrizar su corazón. En otros pasajes la tragedia es inversa: el hombre enamora al

mundo y mata a Dios. Spinoza, Hobbes son un ejemplo de ello. Pero las situaciones más trágicas son, tal vez, aquellas en que el hombre ama, a un tiempo, al mundo y a Dios. Pero debemos comprender, con una sana razón escolástica, que el tercero debe ser excluido: el triángulo nos conmueve no sólo en las tablas. El hombre le pone cuernos a Dios, o se los pone al mundo. Entonces surgen soluciones dramáticas: la fe, para amar a Dios; la razón, para conquistar al mundo.

Zea no olvida, como buen ordenador, como hábil novelista filosófico, a sus personajes. Si ha pintado a los escépticos antiguos como la consecuencia natural de la crisis del mundo grecorromano, al surgir el escepticismo de Cartesio, nos hará notar que es el producto de otra crisis: la escolástica. El escepticismo es el bátese el telón de una época. Si, al hablarnos del escepticismo nos dice que "las tres filosofías buscan la felicidad y la encuentran en una renuncia", muchos siglos después nos encontramos, al hablar el autor de las ideas de Hobbes, que "a diferencia de los antiguos sabe Hobbes que la felicidad no consiste en lo que éstos creían, en una renuncia a actuar sobre el mundo exterior, en un negarse a la acción, sino en todo lo contrario, el hombre es feliz en la medida que actúa". Son personajes que tienen, como se ve, una vida bastante larga, quizás eterna; pueden cambiar su posición —ser o no una renuncia—; pero vuelven a surgir, siglos de hojas después, en la historia.

E. G. R.

MARTÍN HEIDEGGER, *Kant y el problema de la metafísica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 210 pp.

Esta obra, escrita en 1925-26 y publicada en 1929 "se originó —como explica Heidegger en un breve prólogo—, en conexión con la primera redacción de la segunda parte de *El Ser y el Tiempo*". Alcanzó, con una celeridad asombrosa, un éxito sensacional porque revolucionaba la exégesis de la obra kantiana. La interpretación tradicional, recogida por las escuelas neokantianas de Marburgo y Baden, era la de que Kant, en su *Crítica de la Razón Pura*, había centrado toda la problemática filosófica en la gnoseología, en la crítica del instrumental cognoscitivo, realizándolo en detrimento de la *metaphysica generalis* que Baumgarten, bajo la influencia de Leibniz y Wolf, definía como "la ciencia que contiene los primeros principios de lo que el conocimiento humano aprehende". En este sentido se había interpretado la "revolución copernicana" de que habla el propio Kant. Revolución que le parecía al de Königsberg semejante a la suya. Heidegger, en este estado de cosas, se lanza abiertamente contra esta opinión de los intérpretes kantianos y dice: "*La Crítica de la Razón Pura* nada tiene que ver con la 'teoría del conocimiento'." Y prosigue "al plantear el problema de la trascendencia no se reemplaza una metafísica por una 'teoría del conocimiento', sino que se interroga acerca de la posibilidad interna de la ontología". Heidegger afirma que "la verdad óntica se orienta necesariamente hacia la verdad ontológica. Esta es, en un nuevo sentido la interpretación legítima de la 'revolución copernicana'." Esta interpretación inusitada acorde con la preocupación ontológica y metafísica de Heidegger, es como se ha dicho, una exégesis